

TEORIA Y REALIDAD ECONOMICA (1)

Oswaldo Sunkel (*)

El pensamiento económico y la historia social.—Los principales problemas económicos y sociales que nos preocupan actualmente en la América Latina —el lento ritmo de crecimiento, el rápido crecimiento demográfico y la aceleración del proceso de urbanización, el rezago en la producción agropecuaria, la creciente concentración de la riqueza y del ingreso, la persistente presencia y a veces agudización de condiciones sociales intolerables en grandes sectores de la población, la inestabilidad y estancamiento de las exportaciones, la inflación y el desempleo— conforman en su conjunto la base problemática de la gran cuestión del desarrollo económico de esta región.

En el amplio panorama de la historia económica dichos problemas no son desconocidos, pues cada uno de ellos ha caracterizado con frecuencia períodos o épocas de diversos países o grupos de países. Sin embargo, lo que se encuentra con más frecuencia es cada uno de esos problemas —o un entrelazamiento de dos o tres de ellos cuando más— predominando claramente en cada situación y configurando así el énfasis especial dado a su análisis e interpretación. No es este el caso actual de la América Latina. Lo que interesa subrayar en nuestro caso es precisamente que ese **conjunto** de fenómenos, en su apreciación integral e interrelacionada, han llegado a cons-

(1) El presente artículo es una transcripción de parte del capítulo sobre "La Teoría del Desarrollo Económico", de las minutas preliminares de Desarrollo Económico para el Curso Básico de Planificación del Programa de Capacitación del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social.

(*) Director del Programa de Capacitación del ILPES.

tituir en Latinoamérica un problema sobre el cual se ha creado conciencia colectiva en los últimos años. La superación de ese conjunto de problemas ha llegado a considerarse así un requisito fundamental para llegar a cumplir con las aspiraciones de construir una sociedad moderna, dinámica y justa, cuya visión también es propia y única pues emerge de la totalidad de la situación actual de América Latina. Y esto plantea la cuestión de cuales son las orientaciones de una política económica y social apropiada a esos fines.

Al enfocar la cuestión desde este punto de vista amplio, de considerar la totalidad de la problemática del momento, se aprecia con claridad que se trata necesariamente de un problema único, de una situación histórica singular. En consecuencia, en la historia económica no puede haberse producido antes de ahora, cuando al fin hemos tomado conciencia de nuestra problemática y formulado nuestras aspiraciones, un desafío intelectual derivado de una realidad similar a la que percibimos. Por ello no podemos encontrar tampoco en la historia del pensamiento económico teorías o doctrinas, y modelos de interpretación, que logran satisfacer plenamente nuestros esfuerzos para lograr una adecuada comprensión de la realidad actual y que así sirvan de base para precisar las líneas directrices de la política económica y social que la región y sus aspiraciones para el futuro exigen.

Las teorías económicas de que disponemos en la actualidad, y los principios de política derivados de ellas son el producto de desafíos históricos que otras sociedades encontraron en el camino de su evolución. En esa época y lugar se convirtieron en problemas de los que se tomó conciencia colectiva, y su superación consciente llegó a ser preocupación fundamental pues constituía condición necesaria para cumplir con los objetivos de tales sociedades o de sus grupos dirigentes.

A.—El pensamiento económico medioeval.

Así, tal como las doctrinas económicas modernas tratan fundamentalmente de los problemas del mercado, las preocupaciones que se encuentran en los escritos del período precapitalista de la Edad Media, en autores tales como Santo Tomás de Aquino, no sólo se refieren a los problemas de la economía de la época sino que además se los enfoca desde el peculiar punto de vista del hombre y la cultura medioeval.

A diferencia de la economía capitalista de mercado, la economía del período feudal era en cierto modo una economía controlada. La producción, los precios y la distribución del ingreso no se gobernaban por la interacción de la oferta y la demanda en el mercado sino que quedaban determinadas y controladas por orden de la autoridad y con arreglo a normas y

costumbres tradicionales. El pensamiento económico feudal se refería principalmente a este conjunto de normas. Y no desde el punto de vista del racionalismo del hombre moderno, para establecer por ejemplo las relaciones de causalidad entre el conjunto de normas y los fenómenos económicos, sino desde el punto de vista del hombre del medioevo, de sus preocupaciones, de su cultura. A éste no interesaba el conocimiento como medio para lograr el control de las fuerzas de la naturaleza; el hombre del medioevo estaba por el contrario confrontado con el drama de la salvación del alma y de la preparación para la vida eterna. En consecuencia, el interés por las normas que regulaban la vida económica del feudo no se refería a su eficacia o efectividad sino más bien a su contenido ético ¿cuál es el precio y el salario justo? ¿es pesado el cobro de intereses?

Aunque la base análisis de tipo ético de estos pensadores ha desaparecido totalmente de la teoría económica contemporánea, sería erróneo pensar que las consideraciones de naturaleza ética —que ahora se llaman juicios de valor o políticos— han desaparecido de las normas de política económica. Ello queda claramente demostrado por la influencia que tienen en la política económica conceptos tales como la paridad de precios (relación del intercambio) y el salario mínimo, y por medidas como el establecimiento de topes máximos a la tasa de interés y a los precios cuando se dan condiciones especulativas.

B.—El mercantilismo.

El período de transición de la época feudal a la edad moderna particularmente en los siglos XVI y XVII, se caracteriza en Europa principalmente por el paso de una economía feudal integrada por unidades económicas más o menos autosuficientes a una economía de intercambio y de mercado. Ello coincide también con el establecimiento de estados nacionales a través del fortalecimiento de la autoridad central del gobierno nacional y con un período de expansión del universo geográfico y de los imperios coloniales de las potencias europeas. Fue ésta igualmente la fase inicial del desarrollo capitalista, caracterizado principalmente por el desarrollo del comercio y la creación y desarrollo de una clase capitalista de tipo comercial.

En el plano de la cultura, éstos son los siglos que presencian la ruptura de la autoridad doctrinal suprema y universal de la Iglesia por efecto de la Reforma y del Renacimiento, conjuntamente con el progreso de las doctrinas jurídicas y la

filosofía política del derecho natural, que preparan el terreno para el racionalismo y el enfoque científico de las ciencias sociales.

Las preocupaciones de los estadistas y grandes comerciantes de la época se refieren en consecuencia a la promoción de la prosperidad de la economía nacional. Con ello el pensamiento económico sale del campo de la ética y de la teología y enfoca los problemas económicos desde el punto de vista de la nación y de su organismo rector, el estado. Con ello nace realmente la economía política, no como un sistema claramente definido o integrado de pensamiento sino en la forma de una serie de orientaciones y reglas prácticas de política económica destinadas a resolver los problemas del estado.

El desarrollo intenso del comercio interno así como la constitución de estados lo suficientemente poderosos para imponer su autoridad en el ámbito nacional y en el terreno de la expansión colonial exigían nuevos e ingentes recursos financieros, tanto para financiar la expansión del comercio como para solventar los gastos del estado. Como los metales preciosos eran la única forma de moneda conocida, era lógica la preocupación de los autores de la época —denominados mercantilistas— por estudiar las formas en que era posible aumentar la oferta monetaria. Señalaron así que ese aumento se podía obtener a través de una balanza comercial favorable, es decir, un exceso de exportaciones sobre importaciones, y naturalmente por medio de la obtención de metales preciosos mediante la expansión colonial.

En relación con el primer aspecto, recomendaron políticas de estímulo a la producción para exportación y exigieron que el estado nacional actuara para garantizar los mercados externos y protegerlos de la competencia de otros países exportadores. Por otra parte recomendaban una política proteccionista y el fomento de la producción en el país para limitar las importaciones, a la vez que solicitaban el control más estricto de las salidas de metales preciosos. Todas estas políticas, como puede verse, a la vez que tendían a fortalecer el estado nacional, protegían los intereses del capitalista comercial y creaban las condiciones para la revolución industrial en gestación.

C.—Los clásicos.

Una vez creados los imperios coloniales europeos, realizada una gran acumulación de capital comercial y establecidas las instituciones necesarias para financiar una era de gran prosperidad comercial, el espectacular desarrollo de las ciencias físicas y naturales y de la técnica; así como la apertura de importantes mercados de ultramar, favorecieron la consoli-

ción de la nueva burguesía industrial y empresaria. Para que ésta llevara adelante su expansión, requerí de la más amplia libertad de maniobra posible. En consecuencia favorecía la eliminación total de la intervención del estado mercantilista, incluso para liquidar aquellas formas de proteccionismo que dificultaban la expansión de las exportaciones. La función del estado debía limitarse ahora estrictamente a imponer las leyes que permitieran la libre circulación de bienes y factores productivos internamente y a proteger los intereses nacionales en el exterior.

Esta reconsideración de las políticas mercantilistas se inicia desde comienzos del siglo XVIII y culmina con la famosa obra de Adam Smith, publicada en 1776.

El conjunto de autores que preceden y siguen a Smith hasta mediados del siglo siguiente dieron origen a la escuela clásica de la economía política. Representan una contribución decisiva al pensamiento económico no sólo por las doctrinas que elaboran sino sobre todo por la utilización de una metodología científica en el análisis de los problemas económicos.

La innovación consistió en considerar a la economía de mercado —cuya formación presenciaban— como un sistema interdependiente que operaba de acuerdo a leyes naturales. Los elementos del sistema económico, tales como los salarios, los precios, los costos y los beneficios se consideraban relacionados funcional y directamente entre sí, y la tarea de la economía política consistía en descubrir el carácter de esas interrelaciones a fin de comprender las leyes que regulan el funcionamiento del sistema económico. Todo ello con el fin eminentemente práctico de comprender las causas que determinan la riqueza de las naciones.

Este nuevo punto de vista estaba estrechamente asociado y muy influenciado por el extraordinario progreso que se observaba en las ciencias naturales, ya fuera en la formulación de las leyes de la mecánica del sistema planetario o en el descubrimiento de los principios básicos de la química, la física y la biología. La creencia en un orden natural de la sociedad, y con ello de la producción y de la distribución, es la contrapartida del concepto del orden natural del universo. En armonía con las aspiraciones antimercantilistas de la emergente clase media, los creadores de la nueva economía política visualizaban el orden económico como un sistema de libertades naturales que no requerían ninguna reglamentación consciente de parte del estado excepto para hacer imperar dichas leyes naturales.

Dentro de la escuela clásica hay dos grandes corrientes de pensamiento que conviene destacar. Por una parte, Adam Smith —cuyas ideas examinaremos en mayor detalle más adelante— concentró sus investigaciones principalmente en los

problemas de la producción, en encontrar una explicación al proceso de incremento de la producción y de la productividad. En cambio, quienes lo sucedieron, influenciados poderosamente por los desajustes económicos causados por las Guerras Napoleónicas y el inicio de la Revolución Industrial, así como por la aceleración en el crecimiento demográfico, concentraron su atención más bien en el análisis de los obstáculos que se presentaban a la expansión de la economía capitalista, y que terminarían tarde o temprano por llevarla a un estado estacionario. Las principales contribuciones en este sentido — que analizaremos en detalle después— son las de David Ricardo y Carlos Marx.

D.—El pensamiento neoclásico.

Hacia fines del siglo pasado el proceso de desarrollo capitalista y la Revolución Industrial habían probado fehacientemente su dinamismo, no sólo dentro del marco europeo en que tuvieron su origen sino también extendiéndose a nuevas regiones de ultramar. En consecuencia, con la excepción del pensamiento marxista, el pensamiento económico deja completamente de lado la consideración del por qué una economía crece o se estanca; el sistema capitalista parecía poseer inherentemente el dinamismo necesario. Por esta razón, y otra que se analiza más abajo, es el problema de la distribución el que pasa a ser el motivo de preocupación fundamental.

Sin embargo, en su expansión el sistema capitalista iba dando muestras de una gran inestabilidad, y en la medida en que se formaba una economía internacional integrada, ello se reflejaba en crisis recurrentes de creciente magnitud y difusión. Paralelamente al análisis marxista, que preveía la destrucción final del capitalismo precisamente por la vía de crecientes crisis de sobreproducción, se originó así una corriente importante de pensamiento preocupada fundamentalmente con la teoría del ciclo económico.

Por otra parte, los clásicos, al utilizar en su análisis la teoría del valor —trabajo— es decir, la cantidad de trabajo como medida última de valor —dejaron la puerta abierta para una crítica devastadora al sistema capitalista desde el punto de vista de los factores que determinan la distribución del ingreso. En efecto, llevada esa teoría a su conclusión lógica —cosa que Marx por cierto hizo— significa que la clase asalariada sólo percibe como remuneración una proporción del valor que crea, siendo el resto el excedente o plusvalía de que se apropian los capitalistas. Esta crítica era particularmente inconfortable para aquellos interesados en el mantenimiento del régimen capitalista ya que Marx usaba exactamente los mismos métodos

y postulados de los propios economistas clásicos, los máximos defensores del capitalismo.

Dos caminos se abrían para refutar las conclusiones del análisis marxista. Por una parte, se podía argumentar que no solamente el trabajo sino también los otros factores y particularmente el capital, eran productivos, y en consecuencia eran responsables de parte del valor de lo producido. Por otro lado, se podía invertir la secuencia causal que atribuía el valor del producto al valor de los factores de producción utilizados, y afirmar en cambio que el valor que el consumidor atribuía al producto final era el elemento determinante para fijar el valor de los factores utilizados.

Los autores neoclásicos adoptaron ambos puntos de vista y en las últimas décadas del XIX reformularon completamente toda la teoría del valor y de la distribución en términos del principio subjetivo de la utilidad marginal. Dejaron así de interpretar la producción y la distribución como fenómenos sociales que han de ser explicados por leyes sociales o en términos históricos, y pasaron a explicar los fenómenos económicos como resultado del comportamiento de los individuos. La economía de mercado se suponía integrada por una multitud de unidades económicas cada una de las cuales buscaba maximizar su "utilidad" dentro de una situación de perfecta competencia con todas las demás. Esta visión abstracta del mundo capitalista moderno no estaba por lo demás demasiado alejada de la realidad del período que va de 1850 a 1870, cuando estas ideas se encontraban en gestación. En esta época predominaban en efecto las medianas y pequeñas empresas industriales y la pequeña explotación agrícola; por otra parte, no se habían formado aún los carteles ni tampoco una organización sindical efectiva; finalmente, las tarifas proteccionistas así como la legislación social —manifestaciones características de la intervención estatal— eran mínimas.

Por otra parte, como ya hemos tenido la ocasión de señalar anteriormente, este énfasis en el enfoque subjetivista y la introspección está asociado con un amplio movimiento cultural que se expresa en la nueva filosofía idealista, en contraste con el positivismo; en el arte expresionista, en contraste con el impresionismo; en la literatura introspectiva, e incluso en la religión.

"Así, una consideración más amplia del desarrollo intelectual demuestra abiertamente que el descubrimiento del principio de la utilidad marginal no fue de ninguna manera un descubrimiento aislado, sino que al contrario, debe concebirse como parte integral proceso evolutivo. Como tal, no puede sino ser un fenómeno histórico como cualquier otro; un fenómeno que lleva las señales y debe compartir el destino del período que lo vio nacer. Nada es más natural que el que los adeptos

de la doctrina moderna estén firmemente convencidos de su verdad y valor. Pero así estaban los mercantilistas y fisiócratas respecto a teorías ahora abandonadas y menospreciadas. Nada de los humanos perdura; la economía es una ciencia de la sociedad y debe cambiar con los cambios de ésta" (1).

De todo lo anterior se desprende la importancia que en el pensamiento neoclásico se atribuye a la teoría de la distribución. El nuevo enfoque, completado con el modelo de la competencia perfecta, permite resolver el problema planteado por el marxismo al ofrecer una teoría de la distribución según la cual cada factor que interviene en el proceso productivo es retribuido de acuerdo con su contribución a dicho proceso.

Con respecto al problema de la distribución del ingreso —que a fines del siglo pasado empeoraba visiblemente, al menos en los países europeos— subsistían, no obstante la respuesta del pensamiento neoclásico, tres posiciones doctrinarias básicas: unos, que podríamos llamar neoclásicos puros, al hacer abstracción completa de los factores institucionales e históricos que explican entre otras cosas la concentración de la propiedad, aparecen como defensores de las evidentes desigualdades en la distribución del ingreso, que en el fondo consideran como una condición necesaria para el desarrollo capitalista, o aún como el motor fundamental de dicho proceso; otros, que han desarrollado la economía del bienestar como doctrina normativa de política económica sobre todo en su versión post-keynesiana, buscan demostrar que dichas desigualdades no constituyen una condición necesaria para el desarrollo capitalista sino que por el contrario deben eliminarse para evitar sus crisis y su estancamiento secular; por último, el pensamiento socialista sostiene que desigualdad y régimen capitalista son sinónimos y que la superación de las desigualdades exige en consecuencia la transformación del sistema capitalista.

E.—La estática de la ocupación.

Más recientemente, en 1930, se inicia la gran crisis mundial con un enorme grado de desempleo generalizado. Conviene recordar además que en Europa ya había existido una situación de desempleo y estancamiento durante toda la década de 1920. Varios o casi todos los países ponen en práctica en mayor o menor escala y con mayor o menor éxito políticas anticíclicas, pero sólo en 1937 Keynes publica el libro en que el problema del desempleo y sus remedios es analizado de una manera científica e intelectualmente aceptable. Es un caso

(1) W. Stark, *Historia de la economía en su relación con el desarrollo social*. Fondo de Cultura Económica, México 1961.

clarísimo de respuesta intelectual a un desafío histórico en el campo de la teoría económica.

Sin embargo, el análisis keynesiano es de corto plazo. Y una vez terminada la Segunda Guerra Mundial vuelve la preocupación por el desempleo. Pero ahora la pregunta se formula en otros términos: a qué ritmo debe crecer una economía para lograr la mantención del empleo pleno-puesto que la población activa también crece y ocurre espontáneamente un proceso de innovaciones tecnológicas que aumenta la productividad por hombre. Y la preocupación por el ciclo también se lleva al campo de la teoría dinámica (Harrod, Domar, Hicks, etc.): si el proceso de formación de capital aumenta por un lado la capacidad de producción (oferta) y simultáneamente los cambios en la inversión determinan —vía el multiplicador— los incrementos del ingreso (demanda), tendrá que existir un determinado ritmo de crecimiento al cual ambos efectos de la inversión se correspondan.

F.—Conclusiones.

A lo largo de este proceso histórico de creación intelectual en el campo de la economía se ha constituido así un importante arsenal de instrumentos de análisis en función de los problemas que diversas sociedades enfrentaron en su proceso de evolución. Dichos problemas fueron sin embargo diferentes a los que enfrentan los países poco desarrollados de hoy, no sólo porque el marco histórico, tecnológico y social es diverso, sino también porque las aspiraciones sociales y condiciones políticas actuales divergen frontalmente de las que prevalecían en el caso de aquellas experiencias históricas que alguna similitud pudieron haber tenido con la situación actual.

En consecuencia, si aceptamos que el gran problema que nos plantea la sociedad actual es el desarrollo económico, con todas implicaciones sociales, políticas, institucionales y económicas que el concepto acarrea, vemos que dicho problema es nuevo en la conciencia social y en la realidad económica, y por consiguiente no puede haber una teoría del desarrollo económico ya formulada; en todo caso ella estaría siendo formulada ahora, históricamente es imposible que lo haya sido antes de esta época.

Es claro que para construir dicha teoría no vamos sin embargo a desechar todo lo que ya se ha avanzado en la evolución del pensamiento económico. Hay elementos de dicho pensamiento que obviamente no tiene nada que ver con nuestro problema, y por consiguiente esos elementos habrá que desecharlos para que no conduzcan por caminos errados. Pero hay muchos elementos de análisis perfectamente adecuados, puesto que surgieron de preocupaciones similares a algunas de

las que constituyen el problema del desarrollo o pueden ser adaptados al estudio de tales asuntos. Estos elementos de análisis deben ser utilizados, pero ellos no constituyen por sí solos una teoría del desarrollo. Deberán ser organizados de una manera diferente, junto con elementos de análisis nuevos que aún es preciso crear, para que sea posible formular una teoría del desarrollo económico que esté basada en las características del mundo subdesarrollado de hoy. Y ésta no es tarea fácil. No se trata simplemente de una creación intelectual genial. Ello no satisfaría porque aquellas características que la teoría debe reflejar no son aún suficientemente conocidas. Hay que superar todavía una etapa larga y difícil de investigación estadística de base para llegar a formular una teoría razonablemente adecuada, es decir, basada en supuestos realistas.

Como ha señalado Stark, "existen, en últimos análisis, dos maneras de considerar la historia del pensamiento económico: una, es juzgarla como un continuo adelanto del error a la verdad, o cuando menos de una visión confusa y parcial a una percepción clara e inteligible; la otra consiste en interpretar toda teoría particular expuesta en el pasado, como la cabal expresión y reflejo de las condiciones contemporáneas, entendiéndola así en su origen histórico y en su significado" (1).

En síntesis, pues, los modelos o teorías de desarrollo, crecimiento o estagnación formulados por diversos autores o escuelas de pensamiento sólo tienen pleno valor interpretativo y vigencia como fuente de normas de política económica cuando se les refiere al período histórico y a la realidad social de la cual forman parte. No obstante, por lo que se refiere a los instrumentos de análisis utilizados para describir, aprehender y clasificar los elementos constituyentes de un sistema económico, así como a las relaciones funcionales que suelen encontrarse entre dichos elementos y también en lo que respecta a los factores que en diversas circunstancias han determinado el proceso de desarrollo, no cabe duda que la evolución del pensamiento económico ha ido acumulando y destilando un bagaje sustancial. Disponemos en efecto de un importante acervo de métodos descriptivos y analíticos, de una selección básica de relaciones funcionales características y de algún consenso sobre el conjunto de factores estratégicos en el proceso de crecimiento.

(1) W. Stark, op. cit. 11.